

Mujeres colombianas en medio del conflicto armado. Entrevista a Elvira Sánchez-Blake

Virginia Capote Díaz

Universidad de Jaén, España

Elvira Sánchez-Blake, autora de obras como *Espiral de silencios* y *Patria se escribe con sangre*, es una periodista y escritora colombiana nacida en Bogotá y afincada en Estados Unidos desde hace más de 25 años. Formó parte integrante del equipo de prensa presidencial de los mandatarios colombianos Julio César Turbay durante los últimos años de su mandato (1981-1982) y de todo el mandato de Belisario Betancur Cuartas (1982-1986). Desencantada por la política nacional, por la deshonestidad y la falta de claridad del gobierno en sus acciones, y tras sufrir amenazas, decide abandonar Colombia en 1986. Sánchez-Blake se erige como una de las periodistas colombianas más importantes en cuanto a los estudios y la reescritura del papel de la mujer en la historia de Colombia. La presente entrevista fue realizada el 5 de agosto de 2011 en la ciudad de Bucaramanga, donde tuvo lugar una congregación de críticos y escritores con motivo del encuentro bienal de la Asociación de Colombianistas. Se inserta dentro de la investigación doctoral de Virginia Capote-Díaz titulada *Mujer y memoria. El discurso literario de la violencia en Colombia* hasta la fecha en curso.

Virginia Capote Díaz (VC): ¿Cuándo empezó a escribir y por qué?

Elvira Sánchez-Blake (ES): He escrito desde siempre, pero aprendí el oficio haciendo periodismo y luego, en los estudios de literatura.

VC: Su trayectoria como representación de realidades humanas relacionadas

con la mujer y con la violencia ha pasado por diversas formas de expresión. Ha pasado por el tamiz del lenguaje periodístico, del lenguaje académico y, finalmente, por la escritura de una novela. ¿Qué considera que aporta el testimonio con respecto a la ficción y viceversa?

ES: Yo he hecho periodismo; después, escritura académica y la escritura de la novela supuso para mí como una catarsis de todo lo que tenía guardado porque no lo podía difundir de otra forma, ni de manera periodística, ni de manera académica, así que decidí escribirlo de una forma ficcionalizada. De esta manera he podido contar muchas cosas que tal vez no podía contar de otra forma mejor.

La trama central [de *Espiral de silencios*] se basa en la historia de una mujer, María Teresa, el personaje principal, con la que coincidí cuando empecé a recoger testimonios de combatientes. María Teresa fue la primera mujer guerrillera que yo conocí y que me embaucó con su historia. Me la contó una noche en la que fuimos a tomar agua de panela con queso y nos pusimos a hablar. Realmente me pareció una historia increíble y fascinante. Se trata de una mujer que a los 15 años la meten presa en una cárcel, ¡con 15 años!, porque a su compañero, que tenía 18, le encuentran unas armas que eran de la guerrilla. Sin embargo, aunque ella no sabía de la existencia de las armas, va a la cárcel por culpa del descubrimiento de estas en la casa de ambos, unas armas que eran del M-19, de la toma del Cantón Norte... toda una historia. Entonces ella, que está embarazada, tiene a su hijo en prisión. A ese niño se lo roban, se lo roba el ejército. Ella no sabe qué pasa con su hijo y nunca lo encuentra. Es una historia tristísima. Es María Isabel Giraldo. El personaje en la novela se llama María Teresa Giraldo. ¿Qué pasa con ella? Después yo la busco, y digo, ahora ya sí, yo voy a contar su historia. Ella me contó

su historia y yo me veo con la necesidad de contarla. Así que emprendo la búsqueda. La busco y la busco y no, y ella no está...

VC: ¿No está?

ES: La desaparecieron. Entonces yo me quedé con esa historia atragantada, porque ¿cómo la podía contar? No tenía una grabación, yo no tenía una prueba fidedigna, no tenía más que el recuerdo de la conversación. Era una historia que me había contado así, tal cual, al azar. Entonces yo no contaba con un material riguroso que yo pudiera catalogar como “testimonio”. Así que siempre me quedé con esa espina, con esa necesidad de contar ese relato, porque se trataba de la vida tortuosa de una mujer a la que había tenido la oportunidad de conocer. Muchas de las cosas que ella me contó están ahí, en la novela. Pero claro, yo no tengo todos los detalles, no sé cómo la mataron, porque yo creo que la mataron ya que ella me contó en aquella conversación que la estaban persiguiendo. Así que para mí la escritura de esta novela fue como un ejercicio de catarsis en el que tuve la oportunidad de sacarlo todo. Entonces lo que yo hice en la novela fue unir un poco las historias de Inés y María Eugenia. En *Espiral de silencios* aparece mucho Inés, y todo lo referido a la cárcel, por ejemplo, lo tomé del testimonio de María Eugenia. Para mí era importante contar la cárcel dentro de la obra, pero ¿cómo podía hacerlo sin conocerla desde dentro? Entonces vi que era factible hacerlo a través del testimonio de María Eugenia. Yo le pedí permiso a ella y a partir de ahí empecé a escribir la cárcel de Antioquia como la escribe ella, a través de las compañeras, la situación, las monjas que estaban a su cargo, etc.

Lo cierto es que para mí, la escritura ficcional es realmente mi pasión. Es lo que yo quiero hacer en la vida, escribir novelas. De hecho he escrito novelas, cuentos y obras de teatro.

VC: ¿Cómo fue el proceso de escritura de *Espiral de silencios*?

ES: Muy largo y complejo. Primero escribí todo el texto de una forma cronológica y lineal. No me gustó... Se sentía decimonónico. Quería darle más complejidad. Comencé a intentar otras estructuras. Pasé años investigando sobre los eventos históricos que quería recrear en la novela, mirando las noticias, siguiendo los movimientos de paz, hasta que encontré el que quería, el de las mujeres del oriente antioqueño. Allí situé la novela porque me pareció el sitio adecuado donde se imbricaban todos los elementos.

VC: Si nos centramos en la producción literaria discursiva de Colombia, observamos que son abundantes los relatos autobiográficos de ex combatientes femeninos, como el de María Eugenia Vásquez, la Negra, Vera Grabe, Alix Salazar, etc. ¿Cuál cree usted que es el motivo por el cual los hombres aparecen más bien ausentes en este terreno?

ES: Hay varios testimonios de hombres, los recogidos por Alfredo Molano y por Germán Castro Caicedo. También hay autobiografías de guerrilleros de las FARC. Pero, es cierto, las mujeres han encontrado en el testimonio el medio de expresión que valida su experiencia como víctimas y victimarias de la guerra.

VC: A mi modo de ver su novela combina a la perfección dos ejes fundamentales: la historia y la memoria, los datos históricos y el rasgo testimonial como característica social de colectividad, pero ¿hay algo de autobiográfico?

ES: Ahí también cuento mi propia versión del Palacio de Justicia [6 de noviembre de 1985] que yo viví como periodista. Yo lo viví, lo cubrí, yo estuve ahí. Yo cubría el Palacio de Justicia desde una terraza en un edificio cercano al lugar de los hechos. Así que yo pude observar desde mi posición, que era bastante privilegiada, cómo los militares cometieron con tanques, con cañones, con helicópteros contra el

Palacio. Vi el fuego, el incendio e incluso cómo rebotaban las balas.

VC: ¿Fue la experiencia más impactante de su carrera periodista?

ES: Fue la experiencia más impactante de la vida en general. Todo, como persona, me cambió la vida, fue horrible, fue una cosa... para siempre, y que me hizo cuestionarme muchísimo, ¿por qué los del M-19 lo hicieron? Yo vi todo, yo vi cuando sacaron a los muertos, yo vi cómo se incendió el Palacio, yo vi lo que le pasó al presidente. Mi historia de lo que le pasó al presidente es la historia real y esa historia no se cuenta. Fui de las pocas personas que pudo presenciar el secuestro del que fue víctima el presidente Belisario Betancur y su equipo político por parte de los militares, y vi cómo a partir de ahí tomaron las riendas de la situación de manera ilegítima. Sin duda, el Palacio de Justicia fue la experiencia personal y profesional que más me marcó... y saber que al presidente lo tomaron como rehén los militares y lo vi y lo he contado mil veces, y no me lo creen... no me lo creen y es en ese tipo de hechos donde uno se da cuenta de que la verdad se puede manipular de todas las formas.

VC: Después del golpe que supuso para la sociedad colombiana la toma del Palacio de Justicia, ¿qué sensaciones le surgen al entrevistar a participantes de aquella tragedia, como es el caso de María Eugenia Vásquez?

ES: Pero ella no lo vivió, ninguna de las guerrilleras que yo entrevisté del M-19 estuvieron. Primero porque todos los que lo vivieron murieron, entonces no hay testimonio propio de eso. María Eugenia acababa de sufrir un atentado y ella estaba fuera del país. Ella vio lo que estaba pasando desde Cuba, Laura Restrepo también lo vio desde Cuba, Vera Grabe tampoco estaba en el país. Estas guerrilleras no lo vivieron de cerca ni fueron parte de la planeación.

VC: ¿Antes de la toma la sociedad colombiana tenía una especie de simpatía por este movimiento guerrillero, más urbano?

ES: Sí, sí había una simpatía general. Yo no estaba dentro de eso porque yo trabajaba para el gobierno. Yo participaba más desde el punto de vista del Estado, pero sí, los estudiantes, muchos sectores, muchos grupos sociales sí tenían esa simpatía hacia el M-19. Luego, después, estos sectores culparon, muchos al ejército y muchos al M-19, por haber cometido algo tan estúpido, que no tenía ningún sentido, completamente estúpido, como fue la toma del Palacio de Justicia.

VC: ¿Se les fue de las manos...?

ES: Sí, ellos confiaron en algo que no era posible. Pensaron que iban a tener respaldo, y no lo tuvieron, en un momento en el que los militares estaban demasiado afectados con todo lo que estaba pasando con todos los procesos de paz de Betancur. Así que al presidente lo cogieron, lo metieron en un salón, lo encerraron, ¡lo encerraron! Así, ¡encerrado! ¡Yo lo vi! Y el que se encargó de todo, y es realmente el más culpable de todos, no aparece, no se nombra, no se dice ni una palabra... fue el ministro de Defensa en ese momento, el general Miguel Vera Uribe. Él dio las órdenes... Ahora están en proceso todos los militares, pero ellos recibieron órdenes. Es cierto que él murió, que a él no se le puede juzgar, pero tampoco se le nombra.

VC: ¿A qué más eventos de la historia colombiana ha asistido en primera persona como periodista?

ES: Yo entrevisté a Tirofijo en Casa Verde. Fui enviada como periodista del gobierno en la Comisión de Paz. Trabajé en la oficina de prensa de la presidencia, entonces en ese momento siempre tenía el rol de mostrar la cara del gobierno. Así que cuando dejé este trabajo, para mí, también supuso una liberación el hecho de mostrar

la otra cara, la cual yo había vivido pero me había visto obligada a obviar. Así que me emocionaba la idea de mostrar la misma verdad con otra óptica. En *Patria...* yo digo que me habían hecho manipular la información, que me siento culpable, pues esa era mi labor. “Escriba esto de esta manera, para desviar la atención pública”, y eso para mí ha sido un horror, que tuve que decir, y ahora voy a contar la historia del otro.

VC: ¿Fue este quizá uno de los motivos que le hizo dejar el periodismo?

ES: Cuando entrevisté a Tirofijo, cuando me mandaron como periodista con un camarógrafo para entrevistar a Tirofijo, con la Comisión de Paz, una cuestión que era del gobierno, no me dejaban llevar una cámara fotográfica, pero yo tenía que tomar las fotos del evento y dárselas a toda la prensa. La función de la oficina de prensa presidencial es darle el material y la información a toda la prensa. Se trata de la información del gobierno. Yo entonces no llevé cámara, llevaba un rollo fotográfico, que en esa época eran las *slides*. Y entonces llegamos allá, tuvimos que ir en una avioneta desde Neiva, de Neiva hasta Casa Verde, que quedaba en una montaña allá en la zona del Huila, en un helicóptero del ejército. Nos llevaron en helicóptero, nos dejaron ahí y nos dijeron: “A las tres de la tarde tienen que estar preparados para devolvernos, porque si no, las nubes bajan y se tienen que quedar aquí”. Lo que teníamos que hacer era una cuestión muy específica. Allí se estaban tratando los asuntos de la tregua, así que en medio de todo, tuve la oportunidad de entrevistar a varios guerrilleros, a Tirofijo, a los de la Unión Patriótica, a Bernardo Jaramillo, a Jacobo Arenas, a los máximos jefes de las FARC que después se convirtieron en los jefes de la Unión Patriótica. Lo que ocurrió, entonces, es que, para poder obtener testimonios gráficos, los guerrilleros me

entregaron una cámara para que hiciera las fotos que me exigían. Así que terminó el día, llegó el helicóptero y yo tenía que sacar el rollo de la cámara que me habían dejado los guerrilleros para hacer las fotos. En esa época, para obtener el reportaje fotográfico, uno tenía que rebobinar, sacar el carrete, era todo un proceso, un mecanismo difícil. Era una cámara Minolta que yo no conocía y, además, era una cámara ya antigua para esa época, era la cámara de los guerrilleros, ¡Y se trabó! Y yo no podía llegar a Bogotá sin fotos, ¡no podía! O mejor dicho, era lo peor que le podía pasar a uno. La única persona que tenía fotos del evento, llega sin fotos del evento de la firma de paz con las FARC, yo casi me muero cuando se trabó. Y ya estaba el helicóptero en marcha. Me decían: “¡Señorita periodista!”, pero yo no me iba sin el rollo. Yo les decía: “Présteme la cámara”, y ellos decían: “No le podemos prestar la cámara”. Así que llegó Tirofijo, me agarró, me metió debajo de una ruana [poncho], él y yo, unos minutos, y cogió la cámara y sacó el rollo. Pero yo estuve unos minutos con el tipo más temido de Colombia bajo una ruana.

VC: ¿Y qué sintió al estar tan cerca del máximo cabecilla de las FARC?

ES: Olía horrible el tipo [sonríe]. Entonces me dio el rollo, pero el helicóptero ya se estaba yendo, estaban furiosos conmigo, ya eran las tres y pico de la tarde, ya era tarde, ya estaban bajando las nubes, y todo el mundo estaba furioso. Así que me mandaron una escalerita, como la de las películas, y si no me la hubieran mandado, me hubiera tenido que quedar con los guerrilleros. El caso es que yo llegué con las fotos a Bogotá y todavía las tengo. Pero pasó lo siguiente: a la semana siguiente, el mayor edecán del gobierno, el del ejército, de la presidencia [el gobierno tiene cuatro edecanes, uno del ejército, otro de la policía, otro de la fuerza aérea y otro

de la armada] me contactó. Yo lo conocía porque yo estaba ahí, y me dijo: “Señorita periodista, tráigame las fotos que usted tomó”. Las fotos salieron en la prensa y en todas partes, pero yo me quedé con las originales, entonces me dijo: “Necesito esas fotos, tráigame esas fotos. Se acaba de firmar el acuerdo de paz”, y yo le dije: “¿Y el presidente está de acuerdo?” Y entonces la respuesta del edecán fue: “¿Usted sabe que el presidente sale en tres meses? Usted sabe que esa tregua no vale nada, que todo es una farsa, nosotros necesitamos identificar a todos los guerrilleros”. Para mí fue una cosa violenta, entonces yo dije: “Quisiera que el presidente autorizara todo esto, porque a mí esto no me parece bien, no me parece ético”. Él entonces respondió: “No sea boba, el presidente no va autorizar nada, así que usted me da las fotos por las buenas o usted sabe que se las puedo conseguir por las malas”. Una amenaza de ese tamaño por parte del ejército es cosa seria cuando tú sabes todo lo que ha pasado y todo lo que puede pasar y todas las cosas terribles que acontecieron en aquella época. Los militares estaban furiosos y me repitieron: “Espérese que salga el presidente, y entonces nosotros esas fotos las vamos a conseguir por las buenas, o las vamos a conseguir por las malas”.

Yo ya tenía mi beca para irme a Cornell University en ese momento, y yo ya sabía que me iba en agosto. El día en que salía el presidente yo también salía, y entonces yo hice esfuerzos para que pasaran esos tres meses. Él no me podía tocar durante esos tres meses porque obviamente sería demasiado evidente. Pero yo sabía que el día que saliera el presidente Betancur yo quedaba completamente desamparada. Así que yo me fui para Cornell University y hasta la fecha tengo esas fotos. Y no es que defendiera a los guerrilleros, pero acababan de firmar una tregua que ellos empezaron a

violar con la matanza de todos los de la Unión Patriótica, entonces yo no iba a contribuir con ese material que yo tenía a la ruptura de la tregua. Además, yo no sabía en ese momento que posteriormente se desencadenaría todas esas matanzas, pero el hecho de que él me dijera que las fotos servirían para identificar pues... ¡no! No les iba a ayudar.

VC: ¿Cómo afecta a su persona vivir y trabajar con estas tragedias tan enormes tan de cerca?

ES: Es duro... duro, muy duro... yo en un momento dado dije: “No más, dejo este tema”, porque me afectaba personalmente, así que después de terminar el libro dije: “No más, punto, se acabó, no quiero saber más”. Pero no lo pude dejar, me ha seguido llamando, me ha seguido cautivando. Aunque procuro dedicarme a otros temas, porque el enfrentarte directamente con ellas hace que surjan momentos muy duros, muy traumáticos para mí como persona. En un momento alguien me pidió que escribiera otra historia semejante y me negué, dije: “No, no puedo más”. No podía, tuve que alejarme del tema.

VC: ¿Qué le llevó a dedicarse tan de lleno a la defensa de los derechos humanos y en particular, a la exaltación de las voces marginadas?

ES: En mi caso, el hecho de vivir experiencias que me tocó presenciar desde tan de cerca, decisivas para la historia del país, para la historia social, y tener que reportarlas de la forma que me imponían fue terrible. Yo ya no confío en los medios de comunicación. Siempre que tú veas una noticia en el periódico pregunta qué hay detrás de eso. Siempre que haya un dato, un titular... todo es planeado, todo está pensado para que el lector piense esto, crea lo otro o reaccione de esta forma. Siempre hay una intención detrás. Entonces, cuando yo trabajé en la oficina de prensa de la presidencia, a mí se me decía: “Esta noticia

no la presente hoy, hoy presente la del viernes, tenga cuidado sobre cómo enfoca esto, cuidadito con estos datos, tiene que enfocarlos de tal forma, maquille las cifras, destaque no sé qué”. Mi experiencia como periodista me ha llevado a ver la realidad desde el lado oficial. Tuve la oportunidad de ser espectadora de todos los procesos políticos que determinaron el porvenir del país durante una de las épocas de mayor violencia a finales de los ochenta y principios de los noventa. En ese momento fui testigo directo de la enorme manipulación que se llevaba a cabo en cuanto a lo referido al Estado. Allí pude escuchar conversaciones, por ejemplo, entre militares que hablan de innumerables y novedosas técnicas de tortura que no dejaban marcas, o de la manipulación que se hacían a las fotografías con la finalidad de que personajes determinados pudieran aparecer al lado de niños de grupos sociales empobrecidos a pesar del rechazo que realmente le suponían a dicho personaje.

Entonces cuando yo salgo de Colombia y viajo a Ithaca, en Cornell, empiezo a estudiar, a asimilar teorías, y empiezo a conectar mis vivencias y mi experiencia como periodista con esas teorizaciones. Es entonces cuando empiezo a hacerme consciente de que yo quiero explicar qué hay al otro lado, quiero estudiar la visión del otro, aquel lado que en un principio yo no podía ofrecer o no podía mencionar. Lo que para mí era una intuición, un interés, de repente comienza a adquirir un nombre, entonces yo vi que esto se llama el otro, esto se llama el marginado, esto se llaman las voces silenciadas. Lo terrible es si uno solo tiene la teoría y no vive la experiencia, porque entonces se queda en esa parte que no tiene anclaje a la tierra, entonces uno tiene que vivir la vida, ver las realidades.